

Zelos, que son atrevidos
Hasta en lo oculto del alma;
¿Qué gloria, qué bien, qué palma
De un hombre humilde queréis?
En perderle, ¿qué perdéis?
En ganarle, ¿qué ganáis?
Zelos, ¿porqué me entibiais?
Zelos, ¿porqué me encendeis?
Con amenazas mi hermano,
Ignorando que me ofende,
Contra mi gusto pretende
Que al baron le dé la mano;
Palabra le dió tirano,
Que en rindiéndose Durén
Seria su esposa; ¿quién
Vió tan grande desvario,
Pues cruel, de mi albedrío
Hoy quiere triunfar tambien?
Luc. Deja esas vanas memorias,
Señora, y ten sufrimiento.
Juan. Divina Teodora, en quien
Cifró su luz todo el cielo,
El abril todas sus flores,
Y el amor todo su imperio:
Ya os ha dicho mi semblante,
Señora, mi pensamiento,
Si no explicado á suspiros,
Retórico en los silencios;
Por vos reparad piadosa
Mi razon y mi tormento,
Coronando de esperanzas
Aquellos ricos trofeos,
Que nadie sin vuestro agrado
Llegar puede á mereceros.
A vuestro hermano di ahora
Parte de tan noble intento,
Y á vos mi causa remite;
Vos sois el juez severo,
No juzgueis mi causa, cuando
Solo un favor de los vuestros
Puede hacer vanaglorioso
El delito de quereros.
Teod. Yo estimo, señor Don Juan,
Esa humildad en descuento
De alguna oculta memoria
Que le debéis á mi afecto;
Y porque veais que yo
Vuestra fineza agradezco,
Cuando Rosel dé la mano
A vuestra hermana, os prometo
Que de vuestras esperanzas
Tendrá fin el noble intento.
Juan. Si solo en eso consiste
Mi dicha, dadlo por hecho,
Porque ahora se darán
Las manos.
Teod. Si por tan cierto
Lo teneis, yo os aseguro
De aquesta fineza el premio.
Juan. Albricias, fortuna mía. (*Aparte.*)
— Señora, el partido acepto,
Pues mi hermana y yo dichosos
Seremos á un mismo tiempo.
Luc. Finge, señora, alegría.
Juana. Murió para mí el contento.

ESCENA XVIII.

DICHOS, Y SALE EL BARON.

Bar. Pensé hallar mas regocijo,
Señor Don Juan, que el que veo

En esta casa.
Juan. La guerra
Nos puso en tanto silencio,
Que hoy nos quitamos las armas,
Y la prevencion fué ménos.
¿Pero qué mas regocijo
Quereis hallar en mi pecho
Que veros honrar mi hermana,
Y ver que tambien merezco
A la divina Teodora?
Bar. La noble eleccion apruebo:
Cantad, celebrad las dichas
De nuestro dichoso empleo.
(*Canta la música, y salen al paño el mar-
ques, y Lorenzo con hábito de Santiago,
de noche.*)
Mús. Por muchos siglos se gocen
Para admiracion del tiempo,
Las dos rosas castellanas
Con los dos lirios flamencos.
Marq. Nunca os he visto cobarde
Sino ahora: ea, acabemos,
Entrad conmigo.
Lor. ¡Ay, amor!
Porque vos lo mandais, entro;
Y en este cancel el caso
He de mirar encubierto.
Bar. Bello imposible...
Juan. Tened,
Que el marques viene.
Bar. ¿A qué efecto?
Juan. Querrá honrar á sus soldados.

ESCENA XIX.

DICHOS, Y SALE EL MARQUES, Y AL PAÑO LORENZO.

Marq. Buenas noches, caballeros.
Bar. Sea, señor, bien venido
Vucelelencia.
Marq. Poco os debo,
Señor baron, en no haberme
Convidado á este festejo,
Pues sabeis cuanto os estimo,
Y que siempre he sido vuestro.
Juan. Para príncipe tan grande
Nos pareció ser pequeño
Este albergue.
Bar. Gran señor,
Esa es la causa.
Marq. Deseo
Conocer á estas señoras.
Juana. Señor, al servicio vuestro,
Soy hermana de Don Juan.
Marq. Preciaros podeis de serlo,
Y él de vos, bizarra dama.
Bar. Vos venis á tan buen tiempo,
Que nos casamos los dos;
Honrad nuestros casamientos,
Siendo padrino de entrambos.
Marq. Que es esta señora, pienso,
Madama Teodora.
Teod. Y hija
Del mayor servidor vuestro.
Marq. Con todo extremo, madama,
Deseaba conoceros;
¿Vos os casais?
Teod. Sí, señor.
Marq. De tan venturoso acierto
Doy parabien á Rosel.
Bar. No soy yo quien la merezco,

Sino el capitan Don Juan:
La nacion trocado habemos,
Y es Doña Juana mi esposa.
Marq. ¿Y está hecho?
Bar. No está hecho.
Marq. Pues si no, yo traigo aquí
Con quien casarla, supuesto
Que ella le quiere y le ha dado
Palabra de casamiento.
Los dos. Cómo si...
Marq. Nadie se mueva,
Que adonde está mi respeto,
Está la razon tambien.
¿Flores?

ESCENA XX.

DICHOS, Y SALE LORENZO.

Lor. ¿Señor?
Bar. ¿Qué es aquesto!
Marq. Llegad, ¿de qué estais temblando?
Hombre que no tuvo miedo
De asaltar una muralla,
Con mil balas á los pechos,
Y que mató en desafio
Tres ingleses cuerpo á cuerpo,
Su patria honrando, por quien
Sin otros servicios hechos,
Tiene en el pecho esa cruz,
¿No se atreve á un casamiento?
Lor. Señor...
Marq. No me digais nada:
¿Don Juan?
Juan. ¿Señor?
Marq. Quanto os debo,
Os pago en daros cuñado
De tanto merecimiento,
Que le diera yo una hermana
Por la fe de caballero:

Dense las manos los dos.
Juan. Señor, no puede ser eso
Por una causa.
Marq. ¿Qué causa?
Juan. Porque yo á Teodora pierdo,
Si no se casa el baron.
Marq. No hará tal, si se lo ruego.
Teod. Yo os tengo de obedecer,
Solo porque es gusto vuestro;
Esta es mi mano, Dcn Juan.
Bar. Señor, que advirtais os ruego
Que es mi esposa Doña Juana,
Y que á Flándes por concierto
Vino á casarse conmigo,
Y que contra mi respeto
No ha de intentar vucelelencia
Un desaire, pues primero
Daré la vida á un cuchillo.
Marq. Tened: ¿estaréis contento
Con que ella declare á quien
Quiere por su esposo?
Bar. Es cierto.
Marq. Pues, señora, eso aguardamos:
Decidlo, no tengais miedo,
Que aquí estoy para ampararos.
Juana. Señor, mi esposo es Lorenzo.
Lor. Por ella vine á ser mas,
Y puse mi vida á riesgo.
Marq. Vos teneis famoso gusto,
Que yo me hiciera lo mesmo.
Lor. Esposa, llega á mis brazos.
Juana. Logra en los míos el premio.
Marq. Bien se ha hecho; yo salí
Famoso casamentero.
Mart. Solo el baron no se casa,
Que es propio de los terceros.
Bar. Mejor quedo sin casarme.
Lor. Y aquí, senado discreto,
Da fin Lorenzo me llamo,
Porque perdoneis sus yerros.



TYP. J. CLAYE.

MORATIN.

L. F. DE MORATIN

EL SÍ DE LAS NIÑAS.

PERSONAS.

DON DIEGO.
DON CARLOS.

DOÑA IRENE.
DOÑA FRANCISCA.
RITA.

SIMON.
CALAMOCHA.

La escena es en una posada de Alcalá de Henares.

El teatro representa una sala de paso, con cuatro puertas de habitaciones para huéspedes, numeradas todas. Una mas grande en el foro, con escalera que conduce al piso bajo de la casa. Ventana de antepecho á un lado. Una mesa en medio, con banco, sillas, etc.]

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO, SIMON.

(Sale Don Diego de su cuarto. Simon, que está sentado en una silla, se levanta.)

Dieg. ¿No han venido todavía?

Sim. No, señor.

Dieg. Despacio la han tomado, por cierto.

Sim. Como su tía la quiere tanto, según parece, y no la ha visto desde que la llevaron á Guadalajara.

Dieg. Sí. Yo no digo que no la viese; pero con media hora de visita y cuatro lágrimas, estaba concluido.

Sim. Ello también ha sido estraña determinación, la de estarse usted dos días enteros sin salir de la posada. Cansa el leer, cansa el dormir... Y sobre todo, cansa la mugre del cuarto, las sillas desvencijadas, las estampas del Hijo pródigo, el ruido de campanillas y cascabeles y la conversación ronca de carramateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.

Dieg. Ha sido conveniente el hacerlo así. Aquí me conocen todos, y no he querido que nadie me vea.

Sim. Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. ¿Pues hay más en esto, que haber acompañado usted á Doña Irene hasta Guadalajara, para sacar del convento á la niña y volvernos con ellas á Madrid?

Dieg. Sí, hombre, algo más hay de lo que has visto.

Sim. Adelante.

Dieg. Algo, algo... Ello tú al cabo lo has de saber y no puede tardarse mucho... Mira, Simon, por Dios te encargo que no lo digas... Tú eres hombre de bien, y me has servido muchos años con fidelidad... Ya ves que hemos sacado á esa niña del convento y nos la llevamos á Madrid.

Sim. Sí, señor.

Dieg. Pues bien... Pero te vuelvo á encargar que á nadie lo descubras.

Sim. Bien está, señor. Jamas he gustado de chismes.

Dieg. Ya lo sé, por eso quiero fiarme de tí. Yo, la verdad, nunca habia visto á la tal Doña Paquita; pero mediante la amistad con su madre, he tenido frecuentes noticias de ella: he leído muchas de las cartas que escribía, he visto algunas de su tía la monja, con quien ha vivido en Guadalajara; en suma, he tenido cuantos informes pudiera desear, acerca de sus inclinaciones y su conducta. Ya he logrado verla: he procurado ob-